

EL PIVOTE GEOGRÁFICO DE LA HISTORIA

Halford J. Mackinder

(Conferencia pronunciada ante la Real Sociedad Geográfica de Londres, el 25 de enero de 1904. reproducida en "The Geographical Journal", vol. XXIII, págs. 421 y siguientes. Jorge E. Atencio la reprodujo en su libro "¿Qué es la Geopolítica?" en la pág. 367 y siguientes).

Cuando en un futuro lejano se dediquen los historiadores a estudiar estos siglos que hoy vivimos, y los vean a grandes rasgos, como ahora se nos aparece la época de las dinastías egipcias, es muy posible que consideren a los últimos 400 años como la época colombina, y que digan de ésta que finalizó poco después del año 1900. últimamente ha sido un lugar común el considerar a la exploración geográfica como casi terminada, y se reconoce que la Geografía debe seguir otro camino tomando como propósitos el estudio intensivo y la síntesis filosófica. En 400 años se ha completado el contorno del mapa con una exactitud aproximada y hasta en las regiones polares y los viajes de Nansen y de Scott han limitado muchísimo las últimas posibilidades de hacer descubrimientos sensacionales.

Pero el comienzo del siglo XX es apropiado para considerarlo como el fin de una gran época histórica, no sólo a causa de este hecho, por importante que sea. El misionero, el conquistador, el agricultor, el minero y, hace poco, el ingeniero, han seguido tan de cerca las huellas del viajero, que el mundo, en sus límites más remotos, apenas ha sido descubierto cuando ya debemos informar de su conquista política virtualmente absoluta. En Europa, América del Norte, América del Sur, África y Australia, apenas se encuentra una región sobre la que se puede hacer valer una pretensión de posesión, a no ser como resultado de una guerra entre potencias civilizadas o semicivilizadas. Hasta en Asia, estamos probablemente asistiendo a las últimas jugadas de la partida comenzada por los jinetes de Yermak el Cosaco y los marineros de Vasco da Gama.

Hablando en términos generales, podemos establecer un contraste entre la época colombina y la precedente, estableciendo como característica esencial de la primera la expansión de Europa, contra una resistencia casi despreciable, mientras que la Cristiandad medieval estaba acorralada en una pequeña región y se hallaba amenazada por la barbarie externa. De aquí en adelante, en la era poscolombina, nuevamente nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados. Es muy distinto el efecto

que causa una granada que cae en un terraplén y el de otra que cae en medio de los limitados espacios de la rígida armazón de un gran edificio o de un buque. Probablemente, es una semiconciencia de este hecho la que hace que una gran parte de la atención de los estadistas de todo el mundo se traslade de la expansión territorial a la lucha por una relativa eficiencia.

Considero en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa, de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas. Por primera vez podemos percibir algo de las verdaderas proporciones que tienen los acontecimientos y las características, cuando se muestran en el escenario de todo el mundo y podemos buscar una fórmula que expresará, hasta cierto punto, algunos aspectos de la causalidad geográfica en la historia universal. Si la suerte nos acompaña, esa fórmula tendrá un valor práctico al hacernos ver en perspectiva, algunas de las fuerzas que compiten en la actual política internacional.

La conocida frase sobre la marcha del imperio hacia el Oeste es una tentativa empírica y fragmentaria. Esta noche me propongo describir las características físicas del mundo que, a mi parecer, han sido más coercitivas para la acción de Londres y presentar algunas de las principales fases de la historia en una relación orgánica con ellas, aún en la época en que la geografía las conocía. Mi propósito no será el de discutir la influencia de esta o aquella clase de características o hacer un estudio de geografía regional, sino más bien, el de mostrar la historia humana como una parte del organismo mundial. Reconozco que sólo puede alcanzar un aspecto de la verdad; no tengo ningún deseo de desviarme hacia un materialismo excesivo. Es el hombre y no la naturaleza, quien inicia, pero es la naturaleza quien dirige en gran parte. Estoy más interesado en el control físico general que en las causas de la historia universal. Es evidente que sólo puede esperarse una primera aproximación a la verdad. Seré humilde ante mis críticos.

El desaparecido profesor Freeman sostenía que la única historia que tiene importancia es la de las razas mediterráneas y europeas. En cierto sentido, por supuesto, esto es cierto, porque fue entre esas razas donde se crearon las ideas que han hecho dueños del mundo a los herederos de Grecia y de Roma. En otro sentido y muy importante, esta limitación tiende a sujetar el pensamiento. Las ideas que van a formar una nación, en oposición a un simple amontonamiento de animales humanos, generalmente han sido aceptadas bajo la presión de una tribulación común, o ante la común necesidad de oponer una resistencia a una fuerza externa.

La idea de Inglaterra fue forjada en la heptarquía de los conquistadores daneses y normandos; la idea de Francia fue creada por los hunos en Chalons, compitiendo con los francos, los godos y los romanos y durante la guerra de los cien años contra Inglaterra; la idea de la cristiandad nació en las persecuciones romanas, siendo madurada por las Cruzadas; la idea de los Estados Unidos no fue aceptada, desapareciendo el patriotismo colonial y localista hasta que se produjo la larga guerra de la independencia; la idea del imperio alemán sólo fue aceptada a disgusto por Alemania del Sur, después de una guerra contra Francia en unión de la Alemania del Norte. Lo que yo puedo describir como la concepción literaria de la historia concentrando la atención sobre las ideas y sobre la civilización, que es su producto, nos haría perder de vista los movimientos más elementales cuya presión es por lo común la causa de que existan los esfuerzos en que se nutren las grandes ideas. Una personalidad repulsiva

cumple una valiosa función social al unir a sus enemigos y precisamente a causa de la presión que ejercía la barbarie externa, obtuvo Europa su actual civilización. Os pido, por lo tanto, que por un momento miréis a Europa y a la historia europea como subordinadas a Asia y a la historia asiática, porque la civilización europea es, en un sentido muy real, el producto de la lucha secular contra la invasión asiática.

El contraste más notable que muestra el mapa político de la Europa moderna es el que presenta la vasta zona de Rusia que ocupa la mitad del continente y los reducidos territorios que ocupan las potencias occidentales. Desde el punto de vista físico hay, por supuesto, un contraste semejante entre las ininterrumpidas tierras bajas del Este y del rico complejo de montañas y valles, islas y penínsulas que forman el resto de esta parte del mundo. A primera vista parecería que en estos conocidos hechos hallamos una correlación entre el medio natural y las organizaciones políticas, tan evidente que apenas valdría la pena de hacer una descripción especialmente cuando advertimos que en toda la llanura rusa, un invierno helado se opone a un cálido verano, lo que hace que las condiciones de existencia humana sean todavía más uniformes. Sin embargo, una serie de mapas históricos como los que contiene el Atlas Oxford, revelará el hecho de que esa coincidencia aproximada en la Rusia europea con la llanura oriental de Europa, no es simplemente propia de los últimos cien años, sino que en los últimos tiempos hubo una reafirmación de una tendencia completamente distinta en el agrupamiento político.

Dos grupos de Estados generalmente dividían el país en sistemas políticos meridional y septentrional. La realidad es que el mapa orográfico no expresa el particular contraste físico que hasta hace poco tiempo determinaba el establecimiento y el movimiento humano en Rusia. Cuando la cortina de la nieve invernal se desvanece hacia el norte en la vasta extensión de la llanura, es seguida por lluvias que llegan al máximo en mayo y junio en las cercanías del Mar Negro, pero que se retrasan hasta julio y agosto cerca de los mares Báltico y Blanco. En el Sur, el final del verano produce un período de sequía.

Como consecuencia de este régimen climático, el norte y el noroeste estaban cubiertos de bosques que solamente se veían interrumpidos por pantanos, mientras que en el Sur y sudeste, había ilimitadas estepas herbáceas en las que sólo se hallaban árboles a lo largo de los ríos. La línea que separaba las dos regiones corría diagonalmente hacia el noreste, desde el extremo norte de los Cárpatos hasta un punto de los Urales, situado más cerca de la extremidad meridional que de la septentrional. Moscú se halla situado un poco al norte de esta línea o, en otras palabras, en el lado de los bosques.

Fuera de Rusia, el límite de los grandes bosques corre hacia el oeste casi exactamente a través del istmo europeo, que tiene 1.200 kilómetros de ancho sobre los mares Báltico y Negro. Además de esto, en la Europa peninsular los bosques se extienden por el norte por las llanuras de Alemania, en tanto que las tierras de la estepa han contorneado en el sur el bastión transilvano de los Cárpatos, y se extendieron por el Danubio por los actuales trigales de Rumania hasta la Puerta de Hierro. Una zona aislada de estepas, conocida localmente por el nombre de Puzsta ahora muy cultivada, ocupa la llanura húngara rodeada por un borde cubierto de bosques, formado por las montañas de los Cárpatos y de los Alpes. En todo el oeste de Rusia, excepto muy al norte, la poda de los bosques, el drenaje de los pantanos y el cultivo de las estepas, han

unificado recientemente el carácter del paisaje y, en gran medida, destruyeron una distinción que antiguamente ejercía un gran efecto sobre los hombres.

Las antiguas Rusia y Polonia estaban establecidas exclusivamente en los claros de las selvas. Por el contrario, a través de la estepa y pasando por la puerta que forman los montes Urales y el Mar Caspio, en todas las épocas transcurridas entre los siglos V y XII, de los lugares apartados y desconocidos de Asia llegó una notable sucesión de pueblos tudáneos, nómadas-hunos, ávaros, búlgaros, magiares, kazares y rumanos mongoles, y kalmucos. Los hunos, a las órdenes de Atila, se establecieron en la parte central de la Puzsta, en la más extrema de las estepas secundarias danubianas, y desde allí lanzaron sus ataques hacia el norte, Este y sur, contra los pueblos establecidos en Europa.

Una gran parte de la historia moderna podría escribirse como un comentario de las modificaciones a que directa o indirectamente, dieron lugar estos ataques. Es muy posible que los anglos y los sajones se vieran entonces obligados a cruzar el mar y fundaron Inglaterra en las islas británicas. Los francos, los godos y los provinciales romanos se vieron obligados, por primera vez, a luchar hombro a hombro en Chalons, haciendo causa común contra los asiáticos que inconscientemente estaban forjando la moderna Francia. Venecia se fundó a raíz de la destrucción de Aquileya y Patua; y hasta el Papado debió un prestigio decisivo a la afortunada mediación del Papa León ante Atila, que tuvo lugar en Milán. Éste fue el resultado que produjo una nube de jinetes crueles y carentes de ideales, que barrían las llanuras; venía a ser un golpe de enorme martillo asiático que golpeaba libremente en los espacios vacíos. Los hunos fueron seguidos por los ávaros. Con el objeto de crear una frontera contra estos, se fundó Austria y se fortificó Viena, como resultado de las campañas de Carlomagno. Luego vinieron los magiares, que haciendo constantes incursiones desde su base de Hungría, aumentaron el significado de la avanzada austríaca, extendiendo así el foco político de Alemania hacia el Este, hasta el límite del país. Los búlgaros establecieron al sur del Danubio una casta dominante, habiendo dejado su nombre en el mapa, aunque su idioma se ha rendido ante sus súbditos eslovenos.

Quizás haya sido la de los kazares la más duradera y efectiva de las ocupaciones de la estepa rusa propiamente dicha. Fue contemporánea del gran movimiento sarraceno: los geógrafos árabes conocían al Mar Caspio por el nombre de mar de los Kazares. Sin embargo, finalmente llegaron otras hordas que procedían de Mongolia y durante dos siglos, la Rusia de los bosques septentrionales fue tributaria de los kanes mongólicos de Kipchard, o la “estepa”, y de esta forma la evolución de Rusia se vio retrasada y desviada en un momento en que el resto de Europa avanzaba rápidamente.

Es de hacer notar que los ríos que corren desde el “Bosque” hasta los mares Negro y Caspio cruzan a lo ancho toda la ruta que por la estepa siguieron los nómadas, y que de vez en cuando se produjeron movimientos transitorios a lo largo del curso de estos ríos, en ángulo recto con respecto al desplazamiento de los jinetes. Los misioneros de la cristiandad griegas ascendieron a lo largo del Dnieper hasta Kiev, del mismo modo que previamente los varangios de Escandinavia habían descendido por el mismo río hasta Constantinopla. Antes de que esto ocurriera, los godos teutónicos habían aparecido momentáneamente en el Dniester, habiendo cruzado Europa desde las costas

del Báltico en la misma dirección sudeste. Pero estos son episodios pasajeros que no invalidan la generalización.

Durante alrededor de 1.000 años, una serie de pueblos de jinetes salieron de Asia a través de la abertura que hay entre los Montes Urales y el mar Caspio, marchó por los espacios de la Rusia meridional y penetró hacia Hungría, en pleno corazón de la península europea, moldeando al propio tiempo la historia de los grandes pueblos inmediatos, que se veían en la necesidad de hacerle frente: los rusos, los alemanes, los franceses, los italianos y los griegos bizantinos. Que hayan estimulado una reacción saludable y poderosa, en vez de aplastar a la oposición mediante el despotismo, se debe al hecho de que la movilidad de su poder estaba condicionada por las estepas y, necesariamente cesaban en los bosques y montañas circundantes.

Una movilidad de poder rival era la de los vikingos en sus embarcaciones. Descendiendo de Escandinavia hacia las costas de Europa, tanto septentrionales como meridionales, penetraron tierra adentro por los ríos. Pero el alcance de su acción era limitado, hablando en términos generales, porque su poder era sólo efectivo en las proximidades del agua. De esta forma, los pueblos establecidos en Europa se hallaban encerrados entre dos presiones –la de los nómadas asiáticos desde el Este y la de los piratas marítimos desde los otros tres puntos cardinales. Por su propia nomenclatura, ninguna de las dos presiones era agobiante y ambas, en consecuencia, representaron un estímulo. Vale la pena indicar que la influencia formativa de los escandinavos sólo cede en importancia a la de los nómadas, pues a causa de sus ataques, tanto Inglaterra como Francia avanzaron mucho en su camino hacia la unidad, mientras que la unidad de Italia se vio rota por ellos. Anteriormente, Roma había movilizó el poder de los pueblos establecidos en la península gracias a los caminos, pero estos poco a poco se destruyeron y no fueron reemplazados hasta el siglo XVIII.

Es probable que la invasión de los hunos no haya sido en modo alguno la primera de la serie asiática. Los escitas, bebedores de leche de yegua, que figuran en los relatos de Homero y Heródoto, evidentemente seguían las mismas normas de vida, y eran probablemente de la misma raza que los posteriores habitantes de la estepa. El elemento celta que se halla en el nombre de los ríos Don, Donets, Dnieper, Dniester y Danubio, puede ser probablemente una muestra del paso de pueblos de costumbres similares, aunque no de la misma raza, pero no es inverosímil que los celtas provinieron simplemente de los bosques septentrionales como los posteriores godos y varangios. Sin embargo, la gran cuña de población que los antropólogos caracterizan como braquicéfalos, y que se dirigió hacia el oeste desde el Asia braquicéfala hasta Francia a través de la Europa central, aparece como una intrusa ante las poblaciones dolicocefalas del norte, oeste y sur, y muy probablemente procede de Asia.

Sin embargo, no puede apreciarse todo el significado de la influencia asiática sobre Europa hasta que lleguemos a las invasiones mongólicas del siglo XI; pero, antes de que analicemos los hechos esenciales que a ella se refieren, es conveniente que traslademos de Europa nuestro punto de vista geográfico, a fin de poder considerar al Viejo Mundo en su totalidad.

Es evidente que, como las lluvias se derivan del mar, el corazón de la mayor parte de las masas terrestres ha de ser relativamente seco. No nos sorprende, por lo tanto, el hecho de que las dos terceras partes de la población del mundo se hallen

concentradas en zonas relativamente pequeñas, situadas en las márgenes del gran continente. En Europa, al lado del Océano Atlántico; en las Indias y en China, al lado de los océanos Índico y Pacífico. Una amplia faja de tierra poco menos que deshabitada, a causa de la ausencia casi absoluta de lluvias, se extiende –como el Sahara a través del norte de África- en Arabia. El África central y meridional estuvo durante una gran parte de la historia, prácticamente tan separada de la Europa y de Asia como lo estaban América y Australia. En realidad, el límite sur de Europa ha sido y es el Sahara y no el Mediterráneo, ya que es el desierto el que separa al hombre blanco del negro. La masa terrestre de Eurasia así comprendida entre el océano y el desierto tiene 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados) o sea la mitad de la extensión de las tierras del globo, si excluimos del cálculo a los desiertos del Sahara y de Arabia. Hay muchos desiertos aislados diseminados por el Asia, desde Siria y el Irán hasta la Manchuria, pero ninguno llega a constituir un vacío comparable al Sahara.

Por el contrario, Eurasia se caracteriza por una notable distribución de sus cursos de agua. En toda una enorme zona del centro y del norte, los ríos han sido prácticamente inútiles para las comunicaciones humanas con el mundo exterior. El Volga, el Amu-Darí y el Syr-Darí, desaguan en lagos saldados, y el Obi y el Yienisei y el Lena, en las aguas heladas del norte. Estos seis ríos están entre los más grandes del mundo. En la misma región hay muchos más pequeños, pero no por ello de poca importancia, como el Tarim y el Nelmud, que tampoco llegan al océano. Así, el corazón de Eurasia, aunque se halla salpicado de zonas desiertas, es en conjunto una estepa que proporciona grandes extensiones de pastos, si bien a menudo son insuficientes, y en la que hay no pocas zonas regadas por ríos, si bien no la atraviesa ningún curso de agua que llegue hasta el océano. En otras palabras, en esta inmensa zona tenemos todas las condiciones para el mantenimiento de una población rala, pero considerable en su totalidad, compuesta por nómadas que montan en caballos y camellos.

Sus dominios están limitados en el norte por una ancha faja de bosques y pantanos subárticos, en la que el clima es excesivamente riguroso para el desarrollo de los establecimientos agrícolas, exceptuando las extremidades oriental y occidental. En el Este, los bosques se extienden hacia el sur hasta la costa del Pacífico, en las tierras del Amur y de Manchuria. Similarmente en el oeste, en la Europa prehistórica, era el bosque la vegetación que predominaba. Así encuadrada por el noreste, norte y noroeste, las estepas se despliegan en una extensión de 6.000 kilómetros desde la Puzta de Hungría hasta el pequeño Gobi de Manchuria y, excepto en su extremidad más occidental, no las atraviesa ningún río que desemboque en un océano accesible, ya que no podemos tomar en cuenta las recientes tentativas de comerciar en las desembocaduras de los ríos Obi y Yenisei; en Europa, la Siberia occidental y el Turquestán occidental, las tierras de las estepas son bajas llegando en algunos sitios a estar debajo del nivel del mar. Más al Este, en Mongolia, se extiende sobre mesetas, pero el paso de uno a otro nivel presenta pocas dificultades.

Las hordas en el último término cayeron sobre Europa, a mediados del siglo XIV, reunieron sus fuerzas a unos 4.500 kilómetros de distancia, en las altas estepas de Mongolia. Los estragos causados durante algunos años en Polonia, Silesia, Moravia, Hungría, Croacia y Serbia, no eran, sin embargo, sino el resultado más remoto y transitorio de la gran agitación de los nómadas del Este que estaban asociados al nombre de Gengis Kan. Mientras la horda dorada ocupaba la estepa de Kipchak, desde el mar de Aral, a través del espacio que hay entre los montes Urales y el Mar Caspio hasta el pie

de los Cárpatos, otra horda descendió hacia el sur entre el Mar Caspio y el Hindú Kush, penetró en el Irán y la Mesopotamia, y llegó a Siria fundando el dominio del Ilkan. Una tercera penetró en la China septentrional, conquistando Catay. La India y Mangi, o sea la China meridional, fueron protegidas durante algún tiempo por la incomparable barrera del Tíbet, cuya eficacia como tal quizá no tenga igual en el mundo, a no ser el desierto del Sahara y los hielos polares. Pero posteriormente, en los días de Marco Polo en el caso de Mangi, y en los de Tamerlán en el de la India, el obstáculo fue rebasado. De este modo fue como todos los bordes del Viejo Mundo llegaron a experimentar, antes o después, la fuerza expansiva del poder móvil originario en la estepa. Rusia, el Irán, la India y la China, fueron convertidos en tributarios o recibieron dinastías mongoles. Hasta el incipiente poder de los turcos en el Asia Menor se vio subyugado durante medio siglo.

Como en el caso de Europa, en otras tierras marginales de Eurasia hay constancias de antiguas invasiones. China tuvo que someterse más de una vez a las invasiones que provenían del norte; y la India sufrió varias invasiones que tenían su origen en el noroeste. En el caso de Persia, sin embargo, por lo menos una de las antiguas invasiones tiene un especial significado para la historia de la civilización occidental. Tres o cuatro siglos antes que los mongoles, los turcos seljuks que procedían del Asia central, invadieron por este camino una inmensa región, que podemos denominar de los cinco mares, Caspio, Negro, Mediterráneo, Rojo y Pérsico. Se establecieron en Kermán, en Hamadán y en el Asia Menor, y vencieron el dominio de los sarracenos en Bagdad y Damasco.

Cuando la cristiandad emprendió la serie de campañas que se conocen por el nombre colectivo de las Cruzadas, su propósito aparente era el de castigarlos por los tratos que daban en Jerusalén a los peregrinos cristianos. Aunque estas campañas no alcanzaron su objeto inmediato, excitaron y unieron en tal forma a Europa, que podemos considerarlas como el comienzo de la historia moderna –otro notable ejemplo de un avance europeo estimulado por la necesidad de reaccionar contra una presión procedente del corazón de Asia.

La concepción de Eurasia, a que llegamos de esta forma, es la de una tierra continua, rodeada por hielos en el norte y por agua en las otras partes, que mide 21 millones de millas cuadradas (54,4 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de tres veces la extensión de América del Norte, y cuyo centro y norte, que miden alrededor de 9 millones de millas cuadradas (23,3 millones de kilómetros cuadrados), o sea más de dos veces la extensión de Europa, no tienen ningún curso de agua que llegue al océano, pero por otra parte, y exceptuando la zona de los bosques subárticos, son generalmente favorables para la movilidad de los hombres que montan en caballos o en camellos. En el Este, sur y oeste de este corazón terrestre, se hallan las regiones marginales, en forma de amplios semicírculos, que son accesibles a los navegantes.

De acuerdo con la conformación física, estas regiones son cuatro, y no es extraordinario que en general coincidan con las esferas de acción de las cuatro grandes religiones: budismo, brahmanismo, mahometanismo y cristianismo. Las dos primeras religiones comprenden los países monzónicos, volcada una de ellas hacia el Pacífico y la otra hacia el Océano Índico. La cuarta región es Europa, regada por las lluvias occidentales que proceden del Atlántico. Estas tres regiones juntas, que miden menos de 7 millones de millas cuadradas (18,1 millones de kilómetros cuadrados), cuentan con

una población de más de 1.000 millones de habitantes, o sea las dos terceras partes de la población del globo.

La tercera región, que coincide con la tierra de los cinco mares o, como se la denomina a menudo, el Cercano Oriente, está privada de humedad en sumo grado, a causa de la proximidad de África. En consecuencia, excepto en los oasis, se halla escasamente poblada. Hasta cierto punto comparte las características de la faja marginal y de la zona central de Eurasia. Está en su mayor parte desprovista de bosques, está salpicada de desiertos y se adapta, por lo tanto, a la acción de los nómadas. Sin embargo, tiene principalmente un carácter marginal, debido a que los golfos y los ríos oceánicos la ponen al alcance del poder marítimo y permiten que se ejerza ese poder desde ella.

Como una consecuencia de esto, periódicamente a través de la historia ha habido en ella imperios que pertenecieron esencialmente a dos regiones marginales: Babilonia y Egipto, los que contaban con una libre comunicación acuática con los mundos civilizados del Mediterráneo y de las Indias pero, como podía esperarse, estos imperios se han visto sometidos a una serie inigualada de revoluciones originadas unas, por las incursiones de los escitas, turcos y mongoles que provenían del Asia Central, y otras, por los esfuerzos de los pueblos mediterráneos para conquistar las vías terrestres que conducen desde el océano occidental hasta el oriental. Es éste el punto más débil de la faja de las civilizaciones primitivas, porque el istmo de Suez dividió el poder marítimo en oriental y occidental, y los áridos desiertos de Persia, que avanzaban desde el Asia Central hasta el golfo Pérsico, ofrecían constantemente al poder nómada la oportunidad de llegar a la orilla del océano que separaba a la India de la China por un lado, y al mundo mediterráneo por el otro.

Mientras eran débiles zonas de Siria, Babilonia y Egipto, los pueblos de la estepa podían considerar a las altiplanicies abiertas al Irán y del Asia Menor como los puestos avanzados desde los cuales podían atacar a la India a través del Punjab, a Egipto a través de Siria, y a Hungría pasando por el puente roto del Bósforo y los Dardanelos. Viena se hallaba en la puerta de la Europa interior, sufriendo los ataques de los nómadas, tanto de los que llegaban por el camino directo a través de la estepa rusa, como de los que daban un rodeo pasando por el sur de los mares Negro y Caspio.

Aquí hemos visto las diferencias esenciales que presentan los dominios sarracenos y turco sobre el Cercano Oriente. Los sarracenos eran una rama de la raza semítica, esencialmente pueblo del Eufrates y del Nilo y de los más pequeños oasis del Asia inferior. Crearon un gran imperio utilizando los dos medios de movilidad que su tierra les permitía: el del caballo y el camello por un lado, y el del barco por otro. En diferentes épocas, sus flotas controlaron el Mediterráneo hasta España, y el Océano Índico hasta las islas de Malaca. Desde su posición estratégicamente central entre los océanos oriental y occidental, trataban de conquistar todas las tierras marginales del Viejo Mundo, a imitación de Alejandro y anticipándose a Napoleón. Hasta podían llegar a amenazar las tierras de la estepa. Los turanios paganos provenientes del cerrado corazón de Asia –los turcos que destruyeron la civilización sarracena- eran completamente distintos de Arabia, así como de Europa, de la India y de China.

La movilidad sobre el océano es el rival natural de la movilidad sobre el caballo y el camello en el corazón del continente. El período fluvial de las civilizaciones

tuvo como base la navegación por los ríos oceánicos; por el Yangtsé la de la China, por el Ganges la de la India, por el Eufrates la de Babilonia, y por el Nilo la de Egipto. Lo que se ha escrito como el período marítimo de la civilización, de la época de los griegos y de los romanos, se basaba principalmente en la navegación por el Mediterráneo. Los sarracenos y los vikingos apoyaban su dominio en la navegación por las costas oceánicas.

El resultado más destacado del descubrimiento de la ruta que, pasando por el cabo de Buena Esperanza conducía hasta la India, fue que unió las navegaciones costaneras oriental y occidental de Eurasia, aun cuando fueran por un camino tortuoso, y en cierta medida neutralizó las ventajas estratégicas de la posición central que mantenían los nómadas de la estepa, presionando sobre ellos por su retaguardia. La revolución comenzada por los grandes marinos de la generación colombina dotó a la cristiandad de la movilidad de las alas. El océano, único y continuo, que envuelve las tierras divididas e insulares es, por supuesto, la condición geográfica fundamental de unión para el comando del mar, y para todas las teorías de la moderna estrategia y política navales, tal como las exponen escritores como el capitán Mahan y el Sr. Spencer Wilkinson. El enorme efecto político que esto produjo, se reflejó en la modificación radical de las relaciones entre Europa y Asia, porque en la Edad Media se hallaba Europa encerrada entre un desierto impasable por el sur, un océano desconocido por el Oeste, enormes zonas heladas o cubiertas de bosques por el norte y nordeste, y por el Este y el sudeste la constante amenaza de la movilidad superior de los nómadas que montaban en caballos o camellos.

Apareció entonces en el mundo en posición dominante, multiplicando más de treinta veces la superficie del mar y de las tierras costeras a que tenían acceso, y envolviendo con su influencia al poder terrestre euroasiático que hasta entonces había amenazado su propia existencia. Se crearon nuevas Europas en las tierras desocupadas descubiertas en medio de los mares, y lo que con respecto a Europa eran Inglaterra y Escandinavia en los primeros tiempos, con respecto a Eurasia, son ahora América y Australia, y hasta el África Trans-sahariana, Inglaterra y Canadá, los Estados Unidos, Sudáfrica, Australia y Japón, constituyen ahora un anillo de bases exteriores e insulares para el poder marítimo y el comercio, que son inaccesibles para el poder terrestre de Eurasia.

Pero el poder terrestre todavía existe, y recientes acontecimientos han aumentado su significado. Mientras los pueblos marítimos de la Europa occidental han cubierto el océano con sus flotas, han poblado los continentes exteriores y en grado variable, han convertido en tributarios a los bordes oceánicos de Asia, Rusia ha organizado a los cosacos y, surgiendo de sus bosques septentrionales, ha controlado la estepa haciendo que sus propios nómadas enfretaran a los nómadas tártaros.

El siglo de los Tódor, que vio la expansión de la Europa occidental sobre el mar, vio también al poder ruso que se extendía desde Moscú, a través de la Siberia. Este ataque hacia el Oeste a través de Asia, llevado a cabo por los jinetes, fue un acontecimiento casi tan fértil en consecuencias políticas como lo fue el rodeo del Cabo de Buena Esperanza, aunque ambos movimientos se mantuvieron separados durante largo tiempo.

Probablemente sea una de las más notables coincidencias de la historia el hecho de que la expansión de Europa hacia la tierra y hacia el mar, haya continuado, en cierto sentido, la antigua oposición entre los romanos y los griegos. Pocos fracasos han tenido mayores consecuencias que el sufrido por Roma al intentar latinizar a Grecia. Los teutones fueron civilizados y cristianizados por los romanos, y los eslavos principalmente por los griegos. Fueron los romano-teutones los que en las épocas recientes navegaron por el océano, fueron los grego-eslavos los que cabalgaron por las estepas conquistando a los turanios. Advertimos así que el moderno poder terrestre difiere del poder marítimo no menos en la fuente de sus ideales que en las condiciones materiales de su movilidad.

Detrás del cosaco, Rusia ha surgido felizmente de su anterior aislamiento en los bosques septentrionales. Es probable que el cambio de mayor importancia intrínseca que se ha producido en Europa durante el siglo pasado, haya sido la emigración de los campesinos rusos hacia el sur. Anteriormente, la población agrícola terminaba en los límites de los bosques, pero esta emigración hizo que el centro de la población de la Rusia europea se halle ahora al sur de dicho límite, en medio de los trigales que han reemplazado a las estepas más occidentales. Odesa ha evolucionado aquí con un ritmo semejante al de una ciudad norteamericana.

Durante la generación anterior, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre, y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado corazón terrestre de Eurasia, vastas regiones en las que no se dispone de madera ni de piedra para la construcción de carreteras. Los ferrocarriles tienen un papel muy destacado en la estepa, porque reemplazan directamente a la movilidad del caballo y del camello, habiéndose pasado por alto el período de la carretera.

En lo que se refiere al comercio no debe olvidarse que el transporte oceánico, si bien relativamente barato, exige por lo general cuatro manipulaciones de las mercaderías: en la fábrica de origen, en el muelle de exportación, en el muelle de importación, y en el almacén de destino para la distribución a la venta al por menor; en cambio, el furgón del ferrocarril continental puede recorrer directamente la distancia que separa a la fábrica exportadora del almacén importador. El comercio marginal que se mantiene a través del océano, tiende a formar alrededor de los continentes una zona de penetración cuyo límite interior está marcado aproximadamente por la línea a lo largo de la cual el costo total de las cuatro manipulaciones del flete marítimo y del flete ferroviario desde la costa, es equivalente al de las dos manipulaciones y el flete del ferrocarril continental. Se dice que es de este carácter la competencia que en Lombardía libran los carbones inglés y alemán.

El ferrocarril ruso tiene un recorrido de 6.000 millas (9.600 kilómetros) desde Wirballen en el Oeste hasta Vladivostok en el Este; el ejército ruso que se halla en Manchuria es un ejemplo tan significativo del poder terrestre móvil, como el ejército inglés establecido en Sudáfrica lo era del poder marítimo. Es cierto que el ferrocarril transiberiano es todavía solamente una línea de comunicación única y precaria, pero no habrá transcurrido una gran parte del siglo antes de que Asia esté cubierta de ferrocarriles. Los espacios comprendidos por el Imperio Ruso y la Mongolia son tan

extensos, y son hasta tal punto incalculables sus potencialidades en cuanto a población, trigo, combustibles y metales, que es inevitable que allí se desarrolle un gran mundo económico, más o menos aislado, que será inaccesible al comercio oceánico.

A medida que consideramos esta rápida revisión de las más importantes corrientes históricas, ¿no se hace evidente una cierta persistencia de la relación geográfica? ¿No es la región pivote de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas, y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles? Han existido y existen en esa zona las condiciones de una movilidad de poder militar y económico que tiene un carácter trascendente, y sin embargo limitado.

Rusia reemplaza al imperio mongol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, la India y la China, reemplaza a los ataques centrífugos de los hombres de la estepa. Ocupa en el mundo la misma posición estratégica central que ocupa Alemania en Europa. Puede atacar por todos lados y puede ser atacada por todos lados, excepto el norte. El completo desarrollo de su moderna movilidad ferroviaria es simplemente una cuestión de tiempo. Tampoco es probable que una posible revolución social altere sus relaciones esenciales con los grandes límites geográficos de su existencia. Reconociendo acertadamente los límites fundamentales de su poder, sus dirigentes se han deshecho de Alaska; se debe esto a que no poseer nada sobre el mar es para la política rusa una ley tan fundamental como para Inglaterra es mantener el dominio del océano.

Fuera de la zona pivote, en un gran arco interior se hallan Alemania, Austria, Turquía, la India y la China, y en un arco exterior, Inglaterra, Sudáfrica, Australia, los Estados Unidos, Canadá y el Japón. En las actuales circunstancias del equilibrio del poder, el Estado pivote, Rusia, no es equivalente a los periféricos y podría crearse un contrapeso en Francia. Los Estados Unidos se han convertido hace poco en una potencia oriental, no afectando directamente el equilibrio europeo, sino a través de Rusia, y construirán el Canal de Panamá a fin de poder disponer en el Pacífico de sus recursos del Mississippi y del Atlántico. Desde este punto de vista, la verdadera división entre el Oriente y el Occidente debe buscarse en el océano Atlántico.

El vuelco del equilibrio de poder a favor del Estado pivote, como un resultado de su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de los amplios recursos continentales para la construcción de una flota, y el imperio del mundo estaría a la vista. Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia. La amenaza que este hecho encerraría, induciría a Francia a una alianza con las potencias marítimas, y Francia, Italia, Egipto, la India y Corea, se convertirían en otras tantas cabeceras de puentes donde las armadas exteriores podrían apoyar a sus ejércitos, para obligar a los aliados de las zonas pivote a desplegar sus ejércitos terrestres, evitando así que se concentrara en las flotas todo su poder. En menor escala, esto fue lo que hizo Wellington en su base marítima de Torres Vedras durante la guerra Peninsular. En definitiva, ¿no puede resultar ésta la función estratégica que le cabe a la India dentro del sistema imperial británico? ¿No es ésta la idea que sirve de base a la concepción de Amery de que el frente militar inglés se extiende desde el Cabo hasta el Japón, pasando por la India?

El desarrollo de las grandes potencialidades de América del Sur puede tener una influencia decisiva en el sistema. Pueden fortalecer a los Estados Unidos o, por el contrario, si Alemania pudiera desafiar con éxito a la doctrina de Monroe, podría separar a Berlín de lo que quizá puedo describir como una política de pivote. Las particulares combinaciones de poder que se hallan en equilibrio no son sustanciales; mi argumento es que desde un punto de vista geográfico, probablemente han de girar alrededor del Estado pivote, que probablemente ha de ser siempre grande, pero con una movilidad limitada si se compara con la de las potencias marginales e insulares que lo rodean.

He hablado como un geógrafo. El equilibrio real del poder político en un momento dado es, por supuesto, el producto de condiciones geográficas, tanto económicas como estratégicas, por una parte; y del número relativo, la virilidad, los equipos y la organización de los pueblos competidores, por otra. En la misma proporción en que se hayan calculado acertadamente estas cantidades, tendremos probabilidades de arreglar las diferencias sin tener que acudir al brutal recurso de las armas. Y en estos cálculos, las cantidades geográficas son más fácilmente mensurables y más próximas a ser constantes que las humanas. En consecuencia, podemos esperar que nuestra fórmula sea igualmente aplicable a la Historia pasada y a la política actual.

Los movimientos sociales de todos los tiempos se han desarrollado esencialmente alrededor de las mismas características físicas, porque yo tengo dudas acerca de que si la progresiva desecación de Asia y África, aun cuando fuera comprobada, ha alterado vitalmente el medio humano en las épocas históricas. Considero que la marcha del Imperio hacia el Oeste ha sido una pequeña rotación del poder marginal alrededor del borde sudoeste y oeste de la zona pivote. Las cuestiones del Cercano, Medio y Lejano Oriente, están relacionadas con el equilibrio inestable de las potencias interiores y exteriores en aquellas partes del arco marginal en que el poder local es, en la actualidad, más o menos insignificante.

Como conclusión, no estaría fuera de lugar indicar expresamente que la implantación de algún nuevo control en la zona interior, en sustitución del de Rusia, no tendería a reducir la significación geográfica de la posición pivote. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses llegaran a vencer al imperio ruso y conquistar sus territorios, podrían representar un peligro amarillo para la libertad en el mundo, pero simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la región pivote.

Texto digitalizado por:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007